

REVISTA
DE LA
UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERU

Tomo VI

Lima, Octubre-Noviembre-Diciembre de 1938

Número 7-8-9

ALGUNOS DATOS SOBRE LA BIOGRAFIA DE D. PEDRO PERALTA Y LAS INFLUENCIAS FRANCESAS EN SUS OBRAS

Por JOSE DE LA RIVA-AGÜERO

Profesor de Historia del Peru en la Universidad Católica

(Al Sr. Irving A. Leonard, infatigable investigador de Peralta).

El famoso D. Pedro de Peralta, matemático y físico, ingeniero, poeta, historiador y panegirista oficial, que para nuestro Virreinato fué como un Pico de la Mirándola longevo, encaja muy bien, por la universalidad de sus aptitudes y estudios, entre el coro de sus contemporáneos, los escritores españoles de las épocas de Carlos II y Felipe V: el Arzobispo D. Juan de Caramuel, D. Francisco Antonio de Artiga y Artieda, D. Gabriel Alvarez de Toledo, el jesuíta Casani, el mejicano D. Carlos de Sigüenza y Góngora, y hasta el mismo D. Diego de Torres; eruditos formidables, ciclópeos, casi todos políglotos y un tanto estrafalarios, que así trataban de astrología, geometría y fortificaciones, como de antigüedades sacras y profanas, y a la vez componían versos líricos, épicos o dramáticos. Juato a su retraso, para con la demás cultura de Europa, por el mal gusto del estilo y el churriguerismo de las ideas, en ellos se advierten fecundos atisbos de novedad científica. Por el frecuente paralelismo de Méjico y el Perú, quien más se parece a Peralta es Sigüenza. Ya lo notaron D. Juan María Gutiérrez, Menéndez Pelayo e Irving Leonard. Ambos, el limeño Peralta y el mejicano Sigüenza, fueron criollos blancos, hijos de Contadores castellanos; am-

bos, primogénitos en familias de nueve hermanos, empleados públicos, peritos en cuentas y particiones, pobres y vanagloriosos, anhelaron y no pudieron salir de América, ni imprimir los más importantes de sus trabajos; catedráticos de Matemáticas en las sendas universidades, Cosmógrafos Mayores, Ingenieros Militares en sus dos países, redactaron almanaques y carteles bombásticos de certamen; fueron consultores de Virreyes, encomiadores del primer conquistador respectivo y de los preladados arquidiocesanos; ambos arqueólogos y rimadores, analistas de ceremonias y fiestas, llegan, en su extraordinaria semejanza, hasta padecer y morir de la misma enfermedad (1).

La biografía de D. Pedro Peralta necesita ampliarse y rectificarse, en vista de algunos documentos que he exhumado y de los que ha descubierto dicho profesor norteamericano Irving Leonard quien ha publicado de él además las muy curiosas obras teatrales, según el códice de Sancho-Rayón existente en la Biblioteca Menéndez Pelayo de Santander, y los dos poemas franceses *Le triomphe d'Astrée* y *La gloire de Louis le Grand*, cuyos originales se guardan en la Biblioteca Nacional de Madrid (2).

Por indiscreto afán de indigenismo, hay crítico americano que lo califica de *mestizo egregio*, lo que es un grueso despropósito. Consta, de innumerables documentos unánimes, que su padre, el Contador D. Francisco de Peralta Barnuevo, era natural de Guadalajara en España, hijo legítimo de Juan de Peralta y Doña María de la Fuente Barnuevo, y pariente lejano del jurisconsulto, poeta y militar de Soria, D. Francisco de Mosquera Barnuevo, el autor de la *Numantina* (3). Su abuelo materno, el Capitán Juan Sánchez de la Rocha, era extremeño, nacido en Garrovillas de Alconétar,

(1).—Consúltese *D. Carlos de Sigüenza y Góngora, a mexican savant of the Seventeenth Century*, by Irving A. Leonard (Berkeley, California, 1929, University of California Publications in History, Volume 18).

(2).—Pedro de Peralta Barnuevo. — *Obras dramáticas, con un apéndice de poemas inéditos, publicadas con introducción y notas* por Irving A. Leonard (Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, 1937).

(3).—Véanse por ejemplo la partida de matrimonio del referido Contador D. Francisco y Doña Magdalena de la Rocha, padres de nuestro Peralta, en la parroquia del Sagrario de Lima, el 24 de Octubre de 1663; y la penúltima página en la *Aprobación* por D. Pedro José Bermúdez de la Torre, preliminares de la *Lima fundada*, primera edición (1732).

hijo legítimo de un secretario del Virrey Conde de Alba de Aliste, llamado también Juan de la Rocha, y de Doña María Durán de Valdenegro. Muchos de su apellido estaban avencindados en Trujillo del Perú, y en las feligresías de la Catedral y Santa Ana de Lima, deudos del célebre Oidor D. Diego Andrés de la Rocha, natural de Sevilla, cuya prosapia encareció Peralta, en la octava 155 del Canto Séptimo de la *Lima fundada*, y que escribió un tratado sobre la procedencia de los indios. Aquel Capitán extremeño Juan Sánchez de la Rocha compró desde España el oficio vendible de Contador de Cuentas y Liquidaciones en la Audiencia de Lima y sus juzgados, que luego heredaron su hija Magdalena y su nieto D. Pedro de Peralta. Se había casado en primeras nupcias con Doña Eugenia Allende Salazar, de la que tuvo a Eugenia de la Rocha, monja profesa en el Monasterio de la Salud de Garrovillas; y al jesuita Juan de la Rocha, Calificador de la Inquisición. En segundas, se casó en el Perú con Doña María de Benavides Tello de Meneses y Esquibel, de familia conocida y distinguida, hija legítima de Diego Felipe de Benavides y Doña Inés Ramírez de Meneses (Libros de la Parroquia del Sagrario de Lima, matrimonios de españoles, 1º de Marzo de 1628). Era hermana entera de la monja carmelita Bernardina de Jesús, la fundadora de los conventos de Latacunga y Quito; de Doña Margarita, la que casó con un Ruiz de Arana; de Doña Magdalena, que otorgó testamento en Lima el 6 de Agosto de 1657 (ante el escribano Francisco Holguín, folio 524); y de un D. Juan de Benavides, albacea de la anterior. Parece que además era sobrina del canónigo D. Juan de Cabrera y Benavides, natural de Baeza en el reino andaluz de Jaén y personaje eclesiástico de gran cuenta en Lima, Deán de su Cabildo, Caballero de la orden de Santiago y Marqués de Rus.

El matrimonio de Juan de la Rocha y María de Benavides vivía en la parroquia del Sagrario, en cuyos registros de españoles figuran los bautismos de sus hijos, por lo menos desde el de José, realizado el Sábado 19 de Noviembre de 1633, quien fué después colegial en San Martín. El primogénito, Diego Miguel de la Rocha y Benavides, era oficial real de Hacienda en el Cuzco, casó con una Doña María de la Fuente y de la Palma, y murió antes que su padre (Capellanía fundada por éste el 18 de Octubre de 1656 ante el propio Holguín, folio 651). La única hija mujer del segundo en-

lace del Contador Juan de la Rocha, María Magdalena Egipciaca, futura madre de nuestro escritor, nació en Lima el 2 de Abril de 1637, y fué bautizada en el Sagrario el Miércoles 6 de Mayo del mismo, sirviendo de padrino el pariente materno Juan de Esquibel. Cuando contaba poco más de diecisiete años, la casaron aprisa, obteniendo dispensa de una amonestación, con Francisco de Liñán y Serrano, de la villa de Torres de Albanches en Jaén de Andalucía, hijo legítimo de Cristóbal de Liñán y María Serrano, quizá relacionado a su vez por Liñán con Doña Feliciana Carranza, la mujer del Oidor D. Diego de la Rocha. La boda se celebró el 28 de Octubre de 1654. Bendijo la unión el otro deudo ilustre, D. Juan de Cabrera y Benavides, quien era ya entonces santiaguista y Maestrescuela del Capitulo Metropolitano. A los pocos años, murió el Contador D. Juan de la Rocha (1657); enviudó su hija, la joven desposada, y trató al Contador Peralta, que solía versificar (4), el cual había pasado de Madrid al Perú en 1660. Pero como la libre y desenfadada viuda Magdalena Egipciaca, tal vez por llevar, de bautismo y confirmación, los nombres de dos arrepentidas, parece que tenía otros galanes, según se dice en el expediente matrimonial conservado, y que era siempre su destino casarse con premura, pidieron a la Curia los novios dispensa de dos amonestaciones. Dió la bendición el cura de la Catedral, Licenciado Francisco Gamarra, en las casas de Doña María de Benavides, la noche del 24 de Octubre de 1663. Aparecen como testigos el Oidor D. Francisco Sarmiento y un Visitador del Tribunal de Cuentas, conforme al ambiente covachuelista y hacendista que predominaba en la familia. Al mes y dos días del matrimonio de sus padres, el 26 de Noviembre de 1663, vino a luz Pedro Alejandrino José, a quien impusieron tales nombres por la doble festividad de la fecha.

D. Francisco, del propio modo que su primogénito, usó de continuo el apellido de Peralta Barnuevo, más que por linajería, por di-

(4).—Léanse sus poesías en *Lima triunfante* y *El Sol en el zodiaco*, dos certámenes de recibimientos universitarios a Virreyes.

El Capitán D. Juan de la Rocha se enterró en la Merced el 29 de Noviembre de 1657. El 18 de Diciembre de 1656 había dado poder para testar a su mujer Doña María de Benavides, por estar de viaje para las minas de San Antonio de Esquilache (Chucuito), ante el escribano Francisco Holguín. En los días anteriores a su fallecimiento, 25 y 26 de Noviembre de 1657, otorgó ante el mismo escribano dos codicilos (folios 758 y 763).

ferenciarse de los muchos homónimos Peraltas que abundaban en todo el Virreinato. No hubo de ser muy holgada la condición del nuevo hogar, aunque Doña Magdalena heredó la contaduría paterna. Dejando el centro de la ciudad, se fueron a vivir al barrio de San Sebastián, que había sido uno de los primeros ensanches de Lima, en que, al lado de unas pocas moradas de caballeros principales, como la de D. Gabriel de Castilla, se alineaban las de empleados y militares subalternos, y aún de indios traídos de distritos próximos, como los que dieron denominación a la calle de Pachacamilla. En la iglesia parroquial de San Sebastián se bautiza, el 24 de Abril de 1669, José Antonio, niño de un mes, hijo legítimo del Contador D. Francisco de Peralta Barnuevo y de Doña Magdalena de la Rocha. Luego regresaron a los barrios centrales, porque el siguiente vástago Juan, de tres meses, se bautizó en los Huérfanos, pero con licencia de los curas de la Catedral, el Jueves 22 de Enero de 1671, siendo padrino y testigo dos Contadores. Después se establecieron en Santa Ana, que fué todavía arrabal en todo el siglo XVI, y que detrás de los edificios de la Inquisición y los colegios universitarios, junto a los hospitales mayores, un corral de comedias y varios conventos de monjas, se iba ahora poblando con algunas anchurosas residencias señoriles, por ejemplo las de los Presa, de los Ríos de Navamuel y de los Román de Aulestia, y sobre todo con modestos hidalgos, como el cronista Mugaburu, y los Flores de Oliva sobrinos de Santa Rosa, o menestrales cuyas casas se extendían hasta las huertas del pueblo inmediato del Cercado. Vivían en Santa Ana bastantes de la multiplicada tribu de los Rocha. En esa parroquia se bautizaron dos de los hermanos menores de Peralta: el Domingo 2 de Junio de 1675, Bernardo Antonio, de edad de veinte días, a quien apadrina Pedro Alejandrino de Peralta Barnuevo, sin duda alguna nuestro mismo biografiado que se acercaba a los doce años; y el Sábado 11 de Julio de 1676, Magdalena Gertrudis, de un mes y once días, la que andando el tiempo casó con Jacinto Gómez de los Ríos. En la partida de bautismo de ésta se especifica que tocó el padrinazgo a D. Pedro de Peralta, el propio hermano de la niña, y a su prima Doña María de Benavides.

Al uso de la época, los progenitores se afanaban por acomodar pronto la numerosa prole; y en 1681 dos de los muy tiernos

adolescentes Peralta Barnuevo, José y Francisco, tomaban el hábito de frailes en el convento grande de Santo Domingo, respectivamente el 4 y el 8 de Noviembre (5). El mayor, Pedro, que hemos visto de precoz padrino, cursaba Facultades en la Universidad, con extraordinaria aplicación y provecho. Su más recordado maestro fué el sacerdote D. Pedro de la Peña y Civico, que provenía igualmente de una familia de contadores y oficiales reales de Hacienda, catedrático en San Marcos de Leyes y Cánones, al cual este su alumno dedicó años adelante uno de sus opúsculos (el *Teatro heroico*, certamen poético, 1730), y tributó muy rendidas alabanzas en la octava 176 del Canto Séptimo de la *Lima fundada*. Sus primeras obras ciertas datan de 1687, como era el *Apolo fúnebre*, poesía en griego, que compuso con motivo del terremoto del 20 de Octubre de ese año (6); pues el conceptuoso romance *A Cristo crucificado*, que existe en la Biblioteca Nacional de Madrid y publica Irving Leonard (7), es claro que corresponde al mismo tremendo terremoto, y nó a 1667 según allí se dice con evidente anacronismo.

Doña Magdalena falleció hacia 1692 o 93, dejando hijos pequeños. Uno de ellos, Juan, había ya muerto. En 1694, D. Pedro aun no se había doctorado en Leyes: se llama sólo *licenciado* en su recurso para el remate de la contaduría vacante por la defunción de su madre (8). Obtuvo la continuación de dicho oficio, como mejor postor, pagando en parte con lo que había oblado tiempo atrás para la primera compra su abuelo Rocha y que era de reintegrar a los suyos, y ofreciendo el resto a plazos (9). En 1695, bajo el nombre ajeno del médico José de Rivilla, escribió el libro *Desvíos de la naturaleza o del origen de los monstruos*. Es probable que las poe-

(5).—Archivo de Santo Domingo. — Libro de tomas de hábito de los años 1657 a 1690.

(6).—Este cataclismo inspiró el numen de varios ingenios, como el del celebre Caviades. Vid. J. T. Medina, *La imprenta en Lima*, tomo II, págs. 169 y 178. — Vid. también la *Aprobación* de Fray José de Peralta Barnuevo y Rocha, Obispo de Buenos Aires, al libro devoto de su hermano D. Pedro, *Pasión y triunfo de Cristo* (Lima, 1738).

(7).—Irving A. Leonard, Ob. cit., Apéndice B, pág. 356.

(8).—Impreso, por el mismo profesor Leonard, en el Boletín bibliográfico de la Universidad Mayor de San Marcos, Nos. 1 y 2 del año X, Mayo de 1937.

(9).—Idem Ibidem.

sías anónimas, latina y castellanas, de los preliminares de este libro, se deban de igual modo a la juvenil pluma de Peralta. Para los estudios de ciencias naturales, tenía a quien imitar dentro de los de su apellido materno en Lima: el padre del Oidor Rocha fué catedrático de Medicina en San Marcos. Lo propio ocurría con su vocación astronómica: un José de la Rocha y Carranza, nieto del médico recordado, era computista de calendarios y tablas lunares. Peralta llegó por sí mismo, por sus vigiliyas y aislado esfuerzo asimilador, en Cosmología y Ciencias Físicas, a superar con mucho el nivel de su época y su medio, apartándose de la rutina peripatética. Así, no sólo aceptó de lleno y propagó el sistema de Copérnico (*Lima fundada*, Canto Sexto, nota a la octava 138); y la doctrina de la circulación de la sangre, al prologar y aprobar el volumen del médico italiano Bottoni (Lima, 1723), sino que profesó de manera pública el atomismo cartesiano y gasendista. Lo sabemos por el testimonio del Virrey Marqués de Castell-dos-Rius, en el vejamen que dedica a sus académicos (10). Peralta nos confiesa en persona su cartesianismo, su afición a la duda metódica y su desvío del aristotelismo tradicional, en la nota 232 a las octavas laudatorias del Padre Feyjoó que se leen en la *Lima fundada* (11). Pudo desde joven iniciarse en la teoría corpuscular mediante los escritos de Isaac Cardoso y Caramuel; pero, por ellos u otros, resultó en esto aventajando al Padre Feyjoó, quien no se decidía francamente en el asunto, como lo hizo por ejemplo el contemporáneo de ambos, el valenciano Padre Tosca. Es indudable que para semejantes anticipaciones suyas contribuyó mucho el conocimiento que había adquirido de idiomas vivos, su continuo estudio de obras francesas e inglesas. Por el inventario de los principales tomos de la biblioteca que dejó al morir, se descubre que, para enseñar Matemáticas y Cosmografía (cuya cátedra de Prima obtuvo en 1709, sucediendo en ella al clérigo de Malinas Juan Ramón Koenig o Koinink), se inspiraba de preferencia en autores extranjeros, como los franceses Jacobo Ozanam y Francisco Blondel, varios ingleses, hasta dinamarqueses, como un Bartholin, y los italianos Antonio Magini

(10).—*Flor de Academias*. Dice textualmente, refiriéndose a Peralta: "Si no se explicara por corpúsculos, como *buen cartesiano*" (pág. 187, Lima, 1899. Edición oficial, publicada por D. Ricardo Palma).

(11).—Edición de 1732, págs. CCLXXIX y CCLXXX.

y Eustaquio Manfredi (12). De sus inspiradores científicos europeos, este profesor boloñés Manfredi era el que más se le asemejaba, por las conjuntas calidades de matemático, astrónomo y poeta. Verdad que el gusto poético de Peralta fué siempre muy estragado: era el de su país y su tiempo; y aun su profesión principal de científico le atenúa la responsabilidad, porque es sabido que suelen ser, con pocas excepciones gloriosas, literatos enrevesados y pésimos.

El anciano orador jesuíta limeño Padre Fermín de Irisarri, en la aprobación a la *Historia de España* de Peralta (1730), advertía a los lectores: "Todas estas ciencias y lenguas las supo nuestro autor sin maestro; y el difícil idioma francés lo supo mucho antes que Francia frecuentara nuestros puertos, cuando ardía tanto en guerras una y otra nación que aun las palabras castellanas presentaban como enemigas batalla a las francesas". Mientras eran muy frecuentes las imitaciones y traducciones del italiano (por ejemplo, la de Tansillo por D. Diego Dávalos, las del Dante y Tasso por Antonio Falcón, la versión de León el Hebreo por el Inca Garcilaso, y las no raras inspiraciones del mismo Tasso que se descu-

(12).—Archivo Nacional del Perú. — Inventario de los bienes del Dr. D. Pedro de Peralta Barnuevo y Rocha, fecho el 20 de Junio de 1743. — A fojas 143, ante Gregorio González de Mendoza. — El pasaje pertinente dice, con algunas manifiestas erratas: "Dos libros Efemérides de Eustachio Manfredi. Otro libro Biblioteca Oriental de a folio por Monsiur de Herbelot. Otro las Tablas Astronómicas de Phelipe Leide. Otro de diferentes obras de Matemática y Físicas. Otro de Descripción de Fortificaciones y murallas en francés. Otro dicho de Fortificaciones en francés. Otro mano escrito, Operaciones de Náutica en inglés. Otro de Invención de elevar el agua en francés. Otro de Artillería en francés. Otro Arte de Fortificaciones en francés. Otro de Aquarta de Fortificaciones en Pertugués. Otro Diccionario inglés y francés. Otro de Antonio Magino de Planos y Triángulos en latín. Otro Arte de Navegación en inglés. Otro Arquitectura Militar mano escrito. Otro de Efemérides Pasadas exislevis (sic). Otro de Fortificaciones en francés. Otro la Fortificación Demostrada en francés. Otro Arquitectura Militar en francés de Doxen. Otro de Efemérides Pasadas. Otro italiano del modo de elevar el agua. Otro Trigonometría de Osanan. Otro de Fortificaciones en francés. Otro de Matemáticas en inglés. Otro de Efemérides Pasadas. Otro Bartholi de Medir Distancia en italiano. Otro Diccionario de Marina en francés. Otro Tesoro de Navegación en francés de Blande. Otro el Arte de Navegar en francés. Otro de cuentas hechas en francés. Otro Geometría de Blonden en francés. Otro del uso de los Astrolabios en francés. Otro Compendio de Pilotaxe. Otro uso de Plutón en francés, etc.

bren en los poemas de Hojeda y Miramontes), difícil será hallar versos franceses escritos en el Perú antes de Peralta, como no sea un soneto de Carlos de Maluenda, a fines del siglo XVI, en los preliminares de *El Marañón*, poema épico de D. Diego de Aguilar y Córdoba, que escudriñó Jiménez de la Espada y cita Menéndez Pelayo (13). Hay que saltar luego hasta las *Exequias de la Reina Madre Doña Mariana de Austria* (Lima, 1697). En este folleto o corona funeral gongorina, que se intitula *Pompa y Solemnidad*, nuestro Peralta colabora incluyendo por su parte poesías castellanas e italianas, latinas y francesas. Los versos en francés son parecidos a aquellos de Trissotin y Oronte, de que Moliere se burlaba:

Ne descend pas du throne qui monte sur les cieux;
Pour qui va luire en astre, la Terre ne se lagne. . .
Ce tombeau n'est a elle; dans lui nous demeurons.

En la dedicatoria a Felipe V del posterior poema *Le triomphe d'Astrée* (1703), declaró que siempre había amado a Francia y admirado desde niño las hazañas de Luis XIV: "L'heureuse violence de cette passion, que j'ai toujours portée pour la gloire d'un monarque adorable voire parmi ceux qui sont les plus éloignes de ses interets, comme Louis le Grand, m'a fait adonner depuis les premieres perceptions de mon entendement a la connaissance de ses hauts faits". Con el testamento de Carlos II y los progresos del partido borbónico, predominante en Castilla e Indias, no tuvo ya que recatar sus férvidas simpatías; y se despachó a su gusto en la *Parentación* por la muerte del último soberano español austriaco (impresa en Lima el año de 1701). Allí inserta una larga elegía en francés, que comienza:

Reines de la douleur, déesses de l'effroi. . .

con la apología más vibrante de los Borbones y de Francia y las sabidas aclamaciones al allanamiento fraternal de las barreras pirenaicas, y la prenda de unión entre las dos grandes naciones por la persona del nuevo rey hispano:

(13).—M. Menéndez y Pelayo, *Historia de la Poesía Hispano-americana*, tomo II, pág. 141 (Madrid, 1913).

La belliqueuse France et la vaillante Espagne...
 Il n'y a déjà des lois qui divisent les moeurs
 Il n'y a dans nos endroits des bornes pour les coeurs...
 Cet Olympe espagnol, ces fameuses montagnes
 Qui des deux grands pays partagent les campagnes
 Brulant seconde fois, mais d'un feu plus heureux
 On voit déjà aplanir leurs faites orgueilleux...
 Des Louis et des Philippes en lui s'est amassé
 Un mixte majestueux, un divin composé.

Pero donde su entusiasmo borbónico se desbordó, con acentos al parecer muy sinceros, fué en el ya recordado poema *Le triomphe d'Astrée*, ofrendado a Felipe V, y en el gemelo que se denomina *La gloire de Louis le Grand*. Con reverencia y fruición se jacta de haberse adelantado a los sucesos, por sus inflamados votos y por el predilecto cultivo de la lengua francesa, no obstante los obstáculos de la lejanía y la falta de auxilios. Lo repite desde el inicial *Panegirico* en prosa, que está fechado en 1703, y en el que se llama *natif de la ville de Lima, Licencié es Droit et Maître de Comptes du Parlement de la dite Ville*: "l'eloquente langue, malgré les difficultés qui s'y trouvaient pour un homme qui ayant sa naissance dans cette capitale du Perou n'a su devoir au sort le congé pour en sortir". En estos albores del siglo XVIII, delira ya con París y las orillas armoniosas del Sena, como sus paisanos del XIX y de principios del XX: "Je croirais avoir été comme un presage heureux du choix que le ciel avait fait de la Sacrée Personne de V. M. pour relever la gloire de la monarchie espagnole". Insiste en verso, quejándose de su forzoso enclaustramiento en regiones tan remotas:

De qui, pour saluer tes éclats rayonnants,
 De ses pays contraint toujours dans la cloture,
 Sans fil d'or pénétrant le langage celtique,
 Par un destin secret fut le vivant augure
 Qui, des lors, prononçait Bourbonne l'Amérique.

Retiene el ampuloso gusto de comienzos del siglo XVII; pero hay veces en que su énfasis español se presenta como un eco, y a ratos una parodia involuntaria, de Ronsard y de la Pléyade:

Et de leurs chambres d'or débordent les rivières...
 Et l'arbre de la paix porte des fruits guerriers...
 Nourrir de leur odeur la castillane hermine...

De l'ibere chariot prends desormais les renes,
 Oú les metaux brillants font des legeres chaines...
 Flechir de leurs rochers les apres pyramides...
 Et Pyrene, emmenant leurs belles Oréades,
 Du Vidasse s'aller joindre aux mortes Naiades...
 Et la souche d'Hector a la tige d'Alcides.
 Al'ombre des olives, en qui le doux zephir
 Fait de leurs verts rameaux et son plectre et sa lyre...
 Sur des nuages clairs qui lambrissent les cieux.

Hasta un maligno podría utilizar ciertos versos para *pastiches* de simbolistas recientes:

Les voix sont des victimes et non pas des raisons...
 Le Nume par qui l'Orbe a ses plus nobles jours
 De ce meme bien, qui les coeurs en accorde...
 Ils coulent aux berceaux du Jour et de la Nuit...
 Un soleil qui tombait levait autre soleil...
 Moi, au Midi brulant ou ses torrides tours
 Pour composer les ans, trace l'ouvrier des jours...
 Juqu'ou l'Hiver régnant dans son double séjour
 De deux cercles glacés fait sa double couronne.

Bien se ve que es poesia de cosmógrafo deslumbrado y astrónomo extático. Cuando vuelve la mirada a las cosas humanas, se descubre que el mayor incentivo a su culto por Luis XIV estaba en la revocación del Edicto de Nantes, y las guerras contra los protestantes ingleses y holandeses:

C'est son zele pieux, c'est sa foi la plus pure...
 Des rebelles geants ce fut le feu verigeur
 C'est dans ses saints flammes ou se forgea l'épée
 Qui rend un paradis la France delivrée.
 Son ardeur n'a banni des rives de la Seine
 Que ces monstres pervers, dont la rudesse vaine
 N'a voulu se purger du Tibre es flots divins.
 Jamais ces fiers aspics coucheront sous ses fleurs;
 Ses rais ont su chasser tous les brouillards malins...
 Les anglais leopards et le lion batave
 A qui prete l'Erreur sa mine affreuse et have
 Rugiront attachés au char de sa victoire;
 La Guerre ni la Paix n'attendent que ses lois...
 Et le sombre Avenir déjà devant ses yeux
 De sa posterité etale les exploits.

A medida que se consolidaba el trono de Felipe V, las opiniones francófilas de Peralta se difundían en el Perú. Penetraban las modas francesas en vestidos y comidas, se generalizaba en los hombres el uso de la peluca y del sombrero de tres picos, y aun en las mesas el pan francés desalojaba al antiguo amolletado y al criollo o pirganilla. En 1702, el Capitán del Tercio del Callao y de la Guardia de a pie del Virrey, D. Fernando Bravo de Lagunas y Bedoya, imprimía en Lima su traducción de una obra del literato y jesuíta francés Padre Pedro Le Moyne, *Galeria de mujeres fuertes*. Naturalmente, Peralta fué el encargado de la censura laudatoria y del soneto encomiástico, para los preliminares. En ellos lo acompañan a porfía los mejores representantes de la aristocracia limeña que se interesaban por el estudio: Bermúdez de la Torre y Solier, el cual ya había sido, como su padre, varios años sucesivos Rector de la Universidad; D. Fernando Carrillo de Córdoba y D. Martín Mudarra, después Marqueses de Santa María de Pacoyán; D. Antonio Zamudio de las Infantas, Marqués del Villar del Tajo; D. Cristóbal Mesía de Valenzuela, y la monja Sor Juana de Herrera y Mendoza. Algunos de ellos pertenecieron desde 1709 a la academia del inmediato Virrey, Marqués de Castell-dos-Rius, que venía de ser Embajador en la corte de Versalles. Las actas de dicha academia nos son conocidas; no así el segundo tomo que compiló igualmente su custodio, el Capitán D. Diego Rodríguez de Guzmán, y en el que se contenían las comedias, óperas y loas representadas en las fiestas palatinas, y en especial las que compusieron de alternada manera Castell-dos-Rius y Bermúdez de la Torre. Las de Peralta ya están por felicidad impresas, gracias a Mr. Leonard.

En la tertulia de Castell-dos-Rius convergían y se adunaban la imitación nacional de Góngora, Quevedo y Calderón, con la arcaica escuela francesa del Hotel de Rambouillet y su ulterior recrudescencia preciosista; todo ello bastante empeorado. Góngora era todavía el ídolo supremo: fresco estaba el recuerdo del *Apologético* de Espinosa Medrano. Pero la influencia francesa se delata por los galicismos en que a veces incurre Peralta, al igual que en España le ocurría poco después a su amigo el Padre Feyjóo. Así, en el Acta Undécima de *Flor de Academias* (14), Peralta escribe,

(14).—Ed. cit.; pág. 224.

como cualquier periodista o político chirle de nuestros días, es por eso. Hasta dijo *cuvercles* por cúpulas (15). Es verdad que en seguida tradujo el término dentro de paréntesis, y que aquella vez el culpable fué el Virrey, porque impuso la rima forzada en *cles*; y por eso el mismo tradicionalista y castizo Bermúdez tuvo que emplear los vocablos franceses *triangles* y *cercles*. Otro anuncio en *Flor de Academias* de lo que será el siglo XVIII literario, es el extremado favor al género de la fábula o apólogo. En el Acta Sexta, vemos que todos los académicos lo ensayan, por precepto del Virrey. Sólo que, como embarazados todavía por la golilla, no aciertan con la agilidad que el tema requiere. El clérigo mozo D. Miguel Sáenz Cascante, cuya cara mofletuda de genuino abate dieciochesco nos es conocida por la portada de su libro sobre *San Gregorio de Neocesárea* (Lima, 1703), pues hasta en santos fué aficionado, como todos estos escritores, a lo bizantino, trae una fábula del *ciervo y del cazador*, con su moraleja en décima adjunta, que inicia el más desmayado prosaísmo. En contraste, nuestro Peralta emplea, para su *Fábula de las raposas*, octavas culteranas, al-tisonantes y repletas de hipérbaton, copias fieles de Góngora:

El sagaz animal que disparado
Incendio fué del campo filisteo...
A la fuerza el empeño redimido
Muerde la cuerda con tenaz aliento...
Cual nave sin timón, arco sin flecha...
Nuevo discurre modo conveniente,
Porque el ingenio en los extremos luce...
No habló tan eficaz tal vez al griego
El burlador de Circe cauteloso...
De hojas se juzgan cúmulos tupidos...
Peligro al duro lazo inevitable...
Frías las voces y el sentido ardiente...
Tifis altura inculca diferente
Por obtener la que buscó felice...
Y lo que antes fué rumbo, ya es abismo...

(15).—Ob. cit., Acta XVIII, pág. 283.

Sus aplausos al monte da la selva
Y en esféricas ondas los difunde.

De tan engoladas y obscuras sonoridades parece mofarse un poco en la siguiente fábula D. Jerónimo de Monforte, que era poeta fluido y burlesco, el que con más picardía ha cantado en este tomo las locuras del antiguo carnaval español y criollo:

Plegue a Dios no haya renuevos
De estas placenteras riñas.
Cuidad de vuestras basquiñas;
No a las flechas deis aljaba.

Tampoco se lució mucho Peralta con el españolisimo asunto de los locutorios de conventos y enamorados platónicos de monjas, en que se quedó muy corto, harto inferior a las graciosas pinturas que hacen el Marqués de Brenes y Bermúdez de la Torre (16).

Ya hemos citado varias veces a este caballero limeño. Alguacil Mayor hereditario de la Audiencia; vástago de regidores perpetuos, santiaguistas, encomenderos y conquistadores; yerno, por su primer matrimonio, de D. Gabriel de Castilla; improvisador brillante en prosa y verso, fué toda su larga vida émulo amigable de Peralta, y correspondía a sus elogios con encendidas alabanzas en público, y algunas discretas burlas en privado, provocadas por la solemnidad y los pronósticos del rimbombante cosmógrafo. Lector asiduo de Boileau y Fenelón, y de los jesuitas Mambrun, Bussiéres y Nicolás Caussin, aunque mucho menos afecto a las cosas francesas que Peralta, era sin embargo mucho menos hueco y contorsionado que él, dentro del gongorismo que ambos preconizaban. No hay que juzgarlo por su desdichada *Aclamación a los Príncipes de Asturias* (Lima, 1730), ni por las relaciones de autos inquisitoriales, certámenes y elogios universitarios en su dilatada vejez, sino por las fáciles y floridas poesías de su juventud y su edad madura. Se le patentizan las ventajas arriba rememoradas en las *Exequias de la Reina Doña Mariana* (Lima, 1697). Al paso que Peralta cantaba allí, hinchado y lóbrego:

(16).—Ob. cit., Acta Sexta, págs. 61 a 68.

Que sepultado en su objeto
También el lamento yace...
Aun para gemir el bronce
Pulsa corazón del aire.
El sólido pelo de oro
Con líquido peine lamen...;

Bermúdez, en su romance alambicado, en medio de remembranzas quevedescas, y de las antitéticas y alquitaradas delgadeces de la moda conceptista, hace gala de fantasía, riqueza de dicción y delicada amenidad:

Gemían en el desmayo
De sus reflejos y aromas,
Tan marchitas las estrellas
Como eclipsadas las rosas.
Del grave silencio mudo
A la quietud perezosa,
Aun era susto en las ramas
El latido de las hojas.
El cielo présago y triste
Sus claras luces emboza...
Quiero adormecer tus penas
Con el rumor de sus glorias...
.....
Es aplauso del escollo
El gemido de las ondas...
.....
Por eso mi frente ciñen
Cuando mi dolor coronan,
En cipreses y amarantos,
La tristeza y la memoria...
.....
Se vió en trémula fatiga
Vencer la Noche a la Aurora...

El mismo contraste se observa entre los dos poetas veintiocho años después, en la *Parentación* del malogrado Rey D. Luis I (1725). Peralta gastó mucho estruendo de inversiones pedantes, y embardurnó con barnices baratos sus culteranas fruslerías:

Emulo de los pechos, triste asombra
Elevado de antorchas hemisferio
Hasta el dolor, imagen de la sombra;
Hasta la pira, copia del imperio.

En una décima entona:

Nunca en purpúrea mañana
Vió la esfera anohecida
Ni luz más amanecida
Ni tiniebla más temprana.

En otra dice:

Por un piélago de llanto
A un golfo de luz camina.

Peor está en un romance:

En traspaso de tragedia
Se pasó lo lamentable...

Y como invoca al numen con estas malaventuradas palabras:

Musa, asísteme *fatal*,

se le cumplieron sus preces equívocas, pues continúa:

Inspirame de expirante,
Y de parasismos dulces
Hazme desmayos vitales.

En esto habían venido a caer los viriles, llanos y jugosos romances que trajeron los conquistadores, y se cantaban, cuando las guerras civiles de los Pizarros y de Girón, *como el antiguo de Fernán González* (17). A lo menos, Bermúdez, a pesar de su otoñal amaneramiento, ofrece siquiera de vez en cuando versos muy felices, que no desdeñaría alguno de nuestros enigmáticos contemporáneos. Comienza un soneto funerario:

Al pálido marfil de aquella fiera...

En sus elegías al muy joven monarca hay toques de finura literaria:

En tu vida y tu nombre, onda y flor unes:
El clavel frágil, la onda fugitiva...

(17).—Véase tan sugestiva referencia en Menéndez Pelayo, *Poesía hispano-americana*, tomo. II, pág. 137.

Llevó esta flor, para adornar la Muerte
Su negro altar...

Para la *Fúnebre pompa* de 1728, por el suegro del Rey, el Duque de Parma, cuya muerte causó seis meses de luto en Lima, Peralta vocea descomunales y disparatados estrépitos, castellanos e italianos, dibujando conflagraciones del cielo:

Y sin su luz, porque al sepulcro ardiera,
Sólo quedó en incendio de la esfera...
Lágrimas que se enjugan con estrellas...
.....

Fumi lucenti son; pallidi ardori...

Bermúdez de la Torre, más reportado, se dirá con suave discreto:

Suspenso en la novedad,
Embargado en la ternura;

y del esplendor de las honras de etiqueta y el título fulgurante, se limita a expresar, casi con sobriedad:

Arden y lloran las luces,
Que ciegan con lo que alumbran.

No nos extrañen tales cataratas de poesías necrológicas. No era fenómeno exclusivo del Perú. Bajo Felipe V, los poetas mejores de la decadencia, como Cañizares y Zamora, obtenían en la Madre Patria el encargo de redactar y coleccionar dichos desafortunados epicedios.

Compitieron igualmente Peralta y Bermúdez en el género dramático; mas como las loas del segundo se han perdido, el primero representa para nosotros por sí solo la comedia criolla de aquel momento de crisis en que el ejemplo predominante de Calderón la impulsaba hacia la ópera y la zarzuela grande, con mucha música y deslumbrador aparato escénico, y el de los clásicos franceses, a su vez nutridos de literatura castellana, venía a refractarse de nuevo en ésta.

Semejante a lo que hubo de ser el *Escudo de Perseo*, drama musical cuya letra compuso el Virrey Marqués de Castell-dos-Rius e hizo representar en un patio de Palacio el 17 de Septiembre de 1708, celebrando el nacimiento del Príncipe de Asturias, es la comedia mitológica de Peralta, *Triunfos de amor y poder*, también representada en el Palacio Virreinal, el año de 1711, para las fiestas por la decisiva victoria de Villaviciosa, cuando era Virrey el Obispo Guevara, y Alcalde de Lima el ya mencionado sonetista D. Martín Mudarra, Marqués de Santa Maria. Los *Triunfos de amor y poder* se repitieron por ocho días, con música italiana, que a la sazón se calificaba de moderna. Los modelos se hallan en Calderón, verbigracia *El golfo de las sirenas*, *El monstruo de los jardines* o *La púrpura de la rosa*. Comedia y loa están ricamente versificadas, con verdadera opulencia de ritmos. Hay versos anacreónticos numerosos, coplas de arte mayor y entonces desusadas combinaciones de endecasílabos:

Dime si de Isis hermosa y divina
 Viste la luz o cegaste a los rayos;
 Júpiter soy, que en amantes desmayos
 Formo mi gloria en mi misma rüina.
 (Versos 25 a 30).

Al cabo de dos siglos, en *Minúsculas* de González Prada, reaparecerá esta forma inesperadamente, con el precioso *rondel*:

Es la Mañana la alegre chiquilla . . . ,

o con el *pántum*:

Alzando el himno triunfal de la vida . . .

Nuestro olvidado poeta colonial tiene, en su libreto casi todo cantable, no pocos hallazgos plausibles, tonos suaves y melódicos que preludian las arias de Metastasio:

La unión prodigiosa
 De nieve y de grana
 Que, regia y ufana,
 Te ofrece la rosa . . .
 (versos 363 a 367).

Mejores aún los homenajes idílicos de la fuente y del laurel ante la cortesana beldad ensalzada:

Líquida fuentecilla feliz,
Del jardín fugitivo cristal,
Bórdale, de tus perlas terliz;
Píntale, de la flor el matiz;
Cópiale su esplendor inmortal.
Inclito floreciente laurel,
Que a la esfera pretendes subir,
Fórmale la corona y dosel;
Sírvela, por blasón del vergel;
Lógrala majestuosa ceñir.

Como nunca, estuvo bien inspirado Peralta en los verbosos y castizos, fáciles y conceptuosos romances de la presente comedia:

Afán ni sueño los rinde,
Sombra ni luz los ofusca,
Lugar ni objeto los pára,
Descuido ni ardid los burla.
(versos 1436 y sgts.).

En catástrofe violenta,
Mis afectos te saludan
Madre de largos tormentos,
Reina de vastas angustias...
(1490 y sgts.).

Señora, a tan superiores
Dichas enmudece el labio,
Porque hallo que las agravio
Si las presumo favores.
(1605).

Refulge a cada momento el lírico churriquerismo calderoniano, con sus mismos eternos temas pérsicos de la rosa, la pila y el ruiseñor:

Las fuentes
Corrientes
Cristales undosos, salpican despeños.
Las rosas
Hermosas,

Carmines fragantes, respiran incendios;
 Y los ruseñores,
 Volantes primores,
 Suavicen gorjeos.

Pero lo más curioso de todo es el *fin de fiesta*, sátira contra los médicos, para la que acude a imitar, nó a Quevedo ni a Caviedes, que tanto habían explotado el asunto, sino a Molière. Ha señalado Menéndez Pelayo en este paso reminiscencias de *Le médecin malgré lui*; pero lo cierto es que las piezas molierescas seguidas aquí más de cerca por Peralta son *L'amour médecin* y *Le malade imaginaire*, en los coros de doctores. El Bachiller de nuestro compatriota es en Molière el curandero del orvietán o antídoto, en el acto segundo del *Amour médecin*. El pasaje:

No quiero fiebreillas ordinarias...
 (versos 49 y sgts.)

es eco sumiso del parlamento de Toinette, en el acto tercero, escena XIV, del *Malade imaginaire*: "Je dedaigne de m'amuser a ce menu fatras". Igual copia casi literal del tercero y último intermedio del *Malade imaginaire* en

Ya sabéis, sapientísimos doctores...

y en

Clysterium dare...

y el coro postrero:

Viva el señor doctorado,
 Y muchas tercianas vea...

La loa de la siguiente comedia, *Afectos vencen finezas*, es como un *divertissement* de Molière o de Quinault, o más exactamente de Scarron, discípulo a su vez de Calderón y Rojas. Esa misma comedia, representada en 1720 para el cumpleaños del Arzobispo-Virrey Morcillo de Auñón, tiene argumento helénico-oriental, por las preferencias alejandrinas de Peralta y todo su grupo. Es de acción muy vivaz, y está bien versificada. No carece de frases

sentidas y enérgicas, como cuando Orondates, en la jornada primera, creyendo a su dama difunta, prorrumpe:

Muerta al dolor y a la memoria viva...

Los defectos declamatorios, de sutilezas quebradizas y cansadas, o de excesiva e inverisímil rapidez en las peripecias, la súbita variación de sentimientos, las falsedades escénicas, constituían los vicios de la dramaturgia española, cuyos maestros más afamados y aplaudidos en Lima, eran entonces, tras Moreto y Calderón, Solís, Diamante (a quien apellidaba Peralta *el discreto* por excelencia), Bances Candamo, y el mejicanizado D. Agustín de Salazar y Torres, a quien el mismo Peralta calificaba de Ganimedes, por mozo y lozano (18).

El baile final de esta comedia se llama *El Mercurio galante*, que es título de una obra célebre de Boursault, comediógrafo coetáneo de Moliere; pero tiene muchos toques del regionalismo criollo y colonial, con los tipos del serrano taimado, del minero, de la limeña presumida, del caballero linajudo y del pisaverde. El *fin de fiesta* es otra evidente imitación de Moliere, como el anterior: allí se reproduce el soneto con las rimas en *mente* de *Les femmes savantes*, dedicado a la sangría de Urania, quien conserva el nombre, pero de Princesa ha descendido a Marquesa. Trissotin se llama D. Cosme; y Armanda, Filaminta y Belisa se han limeñizado en Doña Laura y Doña Eufrasia. Mucho más interesante es el entremés que sigue, de sabor muy peruano y original. Intervienen el sacristán, los maestros de lectura y de danza, el *mercachifle*, las criollísimas niñas Mariquita, Chepita, Panchita y Chanita, y el *chapelón* padre de éstas, que es el villano salmantino Lorenzo, y pronuncia en consecuencia a la manera de los charros. Mariquita lo trata de *taita*, quechuísmo que de Lima había pasado a España, como es de ver en Lope de Vega. En el baile antecedente sacó a

(18).—*Obras dramáticas de Peralta*, publicación cit. de Irving Leonard, *Loa para la comedia Rodoguna*, págs. 234 y 235.

La comedia de D. Agustín de Salazar, *También se ama en el abismo*, fué otro de los espectáculos en las fiestas de Lima el año 1711 por el buen suceso de Villaviciosa.

relucir el *guá*; y aquí Chanita dice *vaya pues*, a la limeña neta (verso 120). Todas tres hablan del *tamal*, plato americano que se había difundido por la Metrópoli. La disforzada Mariquita llama *chino lindo* a su amante el sacristán (verso 13). Otros giros no son limeñismos, según algunos suponen, sino puros arcaísmos, como el *catay*, que se halla en los más antiguos entremesistas castellanos; *bausán* y *chifle*. Otros, por fin, son españolismos caídos hoy en desuso entre nosotros, como *picaña* y *chula* (versos 22 y 25). Si en sus versos de hinchazón aparatosa, Peralta se nos muestra a menudo como una caricatura adelantada de las oquedades de Chocano, en sus loas y entremeses parece el tímido anuncio de Segura y de Yerovi. La genialidad satírica limeña lo llevó, se puede decir que por ocasión o inadvertencia, hasta zaherir la vana pompa doctoral y culterana, siendo él la personificación de la tiesura universitaria y gongorina.

Su trabajo escénico de mayor empeño fué la traducción o arreglo de la *Rodoguna* de Corneille. Consta que se representó un día de cumpleaños de Felipe V (19). Como indicación cronológica, ha de agregarse que alude en calidad de inminente a la publicación del *Templo de la Fama vindicado*, discurso del mismo Peralta, impreso en 1720, y que es una apología del Arzobispo-Virrey Morcillo Rubio de Auñón (20). Harto más lógica y consecuente era su admiración a Corneille que no a Moliere. A pesar de las flagrantes imitaciones del teatro castellano, manifiestas en el *Don Juan*, en el *Don García de Navarra* y hasta en la *Princesa de Elide* (ahí del *Desdén con el desdén* de Moreto, conforme ya lo advierte Feyjóo), Moliere tiene en el fondo muy poco de español; mientras que Corneille es el dechado del francés hispanizado e hispanófilo, es en todo un *superespañol*, medioeval y caballeresco, sutil y frondoso, romántico y exaltado, de expresión elevada, noble y enfática. Tenía que ser el primer clásico de Francia aplaudido e imitado con formalidad por los crecidos dentro de aquella bizarra dramaturgia castellana, de que él mismo se alimentaba y proveía. Al traducirlo, seguía Peralta el ejemplo de Diamante, que refundió *El Cid* en la mitad precisa del siglo XVII, al paso que

(19).—Loa para la *Rodoguna* (versos 301-304).

(20).—Idem (versos 196-200).

Cañizares en 1716, muy poco antes que nuestro paisano la emprendiera con la *Rodoguna* corneliana, se atrevía a vestir a la española nada menos que la esbelta *Ifigenia* de Racine, difícil de adaptar a nuestra índole y raza. En vez de ensayarse, para esta transfusión, en una de las genuinas tragedias españolas de Corneille, *El Cid*, *Sertorio* o *Don Sancho de Aragón*, que es verdadera anticipación huguesa, o en las que le inspiraron los hispano-romanos Lucano y Séneca, *Pompeyo*, *Medea* o *Cinna*, como el Marqués de San Juan, D. Francisco Pizarro, lo hacía en España por el año 1713, o una de las tragedias cristianas, como el *Polieucto* o *Teodora Virgen y Mártir*, tan parecidas a nuestras viejas comedias de santos, se fué a buscar en el ambiente de la helenizada Siria alejandrina (siempre la obsesión oriental en estos virreinales lectores de Calimaco y Claudiano), como después nuestro republicano poeta Clemente Althaus en *Antioco*. Escogió *Rodoguna*, tragedia secundaria en el repertorio corneliano, aunque todavía bellísima, la predilecta de su creador, y una de las que obtuvo más ruidoso éxito y más se daban en la Corte de Versalles. Fría, dura, rígida, con un soberbio y crudelísimo acto final, no presenta de rasgos españoles característicos (al revés de tantas otras de su autor) sino la extraordinaria fiereza de los celos póstumos. Sus pareados alejandrinos parecen recias y rotundas medallas de bronce. Naturalmente que no había de respetar Peralta las artificiales unidades pedantescas, que desazonaban y oprimían a Corneille. Pero las demás innovaciones fueron menos felices. Así el insulso criado Siscón, pseudo gracioso; el recargo de personajes y confidentas; y el exceso de tramos, de arias y coros líricos, que la convierte en zarzuela trágica u ópera a medias, y de que el propio Corneille había ofrecido ejemplo en *Andrómeda y Agesilao*, emulando ciertas piezas de Calderón. Ya que todas las artes en una sociedad se corresponden, con franqueza admitiremos que la *Rodoguna* original es un bajorrelieve de Puget o de Coisevox, o una cámara versallesca de finos oros sobre fondo blanco, mientras que el arreglo peruano la trueca en uno de nuestros templos churriguerescos, en las tumbas policromas y las celosías afiligranadas del Sagrario, o en la capilla de la Purísima en la Catedral, cuyo retablo y sepulcro son precisamente del tiempo del Arzobispo-Virrey. No carece de pormenores criollos, que son como alizares de azulejos del país. Hay alusiones a los pe-

culiars embozos, a la casi olvidada en España *saya y manto* (verso 40), a las bandas de música populares (versos 60 a 64), a la compostura y fausto proverbiales de los vestidos limeños, y a las aficiones festivas y bailadoras:

Muñe galas el más pobre
Y se entona hasta el más traste.
Las barberías están
Colgadas de *pasacalles*;
Y las escuelas de danza,
De cabriolas y compases.

Evocamos nuestras antiguas plazuelas, en días de recimiento de Virrey o Arzobispo, o de juras reales, sonantes de chirimías y vihuelas, el repique de las campanas y el estallar de los cohetes; y en vez de las clásicas guirnaldas de Corneille, flotan al viento los humildes y diversicolores quitasueños pueblerinos. Por la medida de los octosílabos se descubre la arcaica pronunciación regional, que trabuca acentos y establece indebidos diptongos. *Habeis contraído*, pone en el verso 361 de la jornada primera; *el país*, en el 719 de la misma y en el 1370 de la segunda; *óidos*, en el 722 y en el 800; *áura* por *ahora*, en el 795, en el 2657 y en el 3284; *traído*, en el 2956; *créi*, en el 1582 (21). Los dei acto segundo, escena primera, de Corneille, tan severos, tan arquitectónicos, tan firmes, degeneran, a través de Peralta, en palabrería declamatoria, con recargadas metáforas de relumbrón. De cuando en cuando, le resultan vistosas, como columnas salomónicas o pirámides doradas que relucieran en la penumbra de una capilla barroca:

... diadema que aparente
Cadena es de las sienes refulgente.

En cambio, hay veces en que se necesita recurrir al Padre Isla, contra frases dignas de Fray Gerundio, o a lo menos de Fray Francisco de Soto y Marne:

Siendo su amparo, por decirlo breve,
Tiranía auxiliante, auxilio aleve.

(21).—De otra parte, siguiendo las leyes de la cantidad clásica, pronuncia siempre *heroes* y *presago*, con acento grave, en todos sus versos, así aquí como en la *Lima fundada* y en las composiciones líricas.

Tiene discreteos galanos:

Que quien al perdido avisa
No puede ignorar la senda...

Que si el aviso es piedad,
El consejo fuera ofensa.

(versos 2028-2029 y
2040-2041);

y romances de excelente y casticísimo dejo:

Si el reino fuera persona,
Todo entero se te diera;
Gastara contigo villas
Y te regalara almenas...

(versos 2190 y sgts.).

Lo que por la paz fué olvido,
Razón por la ofensa sea,
Que a la sombra de un gran rey
Haga justicia severa...

(versos 2250 y sgts.).

Que el nacimiento más alto
Más el arbitrio sujeta...

(versos 2274 y sgts.).

Aquí es fuerza a Rodoguna,
O que reine o que perezca.
Y es preciso que advirtais
Que el cielo, en cuanto rodea,
Para vos no ha fabricado
Trono en otra parte que ésta;
Y que desde luego se hace
Indigna de él quien le deja.

(versos 2126 y sgts.).

Aquí ha interpretado bien el heroico temple de Corneille:

C'est ici qu'il vous faut ou régner ou périr.
Le ciel pour vous ailleurs n'a point fait de couronne;
Et l'on s'en rend indigne alors qu'on l'abandonne.

Muchos pasajes análogos le salen en reflejo aceptables y hasta bellos. Pero al lado ¡cuántas extravagancias gongóricas, cuántos pue-

riles juegos de vocablos; y cómo ha recargado con chistes fríos, y con incidentes, enredos y amores laterales, la acción de cuya unidad se gloriaba Corneille en esta su tragedia favorita! ¡Qué desgabo y trivialidad al prolongarla, con los acostumbrados casamientos múltiples, en vez de cerrarla, como el autor, con el tremendo suicidio de la Reina Madre! Ha oprimido la altanera y señera estatua con pesados mantos, recamados de falsa joyería. No abrumemos a nuestro paisano con una menuda e implacable comparación entre las situaciones y las frases del texto directo y las del traducido. Hemos indicado los relativos méritos de éste; y es suficiente gloria del viejo catedrático rococó haber hecho hablar por primera vez, sobre nuestras criollas tablas, al más generoso y excelso de los dramaturgos franceses, al más afín del alma de nuestros padres hispanos.

Tiene además Peralta otra loa, para las fiestas de proclamación del efímero Luis I (impresa en el *Elisio Peruano*, Lima, 1725, por Jerónimo Fernández de Castro y Bocángel) (22). Precedió a la comedia *Amar es saber vencer* de Antonio de Zamora, entonces el más reputado de los escritores teatrales metropolitanos. Es loa mitológica, con música y coros, mucha decoración y luces de escenografía. Se representó en el Callao, después de un minueto.

A la escuela de Peralta y Bermúdez de la Torre, productores de loas, entremeses y sainetes, sucedió en el propio género, durante el siglo XVIII, el renombrado lego ciego de la Merced, Fray Francisco del Castillo Tamayo y Andraca (1714-1770), escritor jocoso y cómico muy aplaudido, por quien se continuó la delgada pero efectiva vena dramática limeña, hasta avvicinarse a Pardo y Segura. El manuscrito de comedias del *Ciego de la Merced*, fechado en 1749, se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid (23).

(22).—Dicho Castro Bocángel era también poeta. Escribió una zarzuela para estas festividades, introducción a la comedia *El amor duende* de D. Jerónimo de Monforte; y una canción pindárica para las *Exequias* del mismo Luis I.

(23).—Da razón de él D. Julio Cejador, *Historia de la lengua y literatura castellana*, Siglo XVIII, pág. 117. — Son ocho piezas: *La Conquista del Perú*, — *Un fin de fiesta*, — *Guerra es la vida del hombre*, — *Loa por la elección del mayordomo del Hospital de San Andrés*, — *El Redentor no nacido*, — El sainete *San Ramón*, — y un entremés *El viejo niño*.

Inspirarse en Corneille el magnánimo, el españolizado, el amigo de los jesuitas, el traductor devoto de la *Imitación de Cristo*, el poeta de la voluntad heroica y el pleno libre albedrío, no era para extrañar ni al más celoso ortodoxo; y nadie se lo tuvo a mal a Peralta. Pero no pudo ocurrir lo mismo cuando tradujo del italiano la *Bersabé* del fraile apóstata, obsceno y relapso Ferrante Pallavicino. Aunque se ignora la fecha de la versión, y no se imprimió, como la *Bersabea* estaba prohibida por el Santo Oficio de Roma desde 1660 (24), el conocido manuscrito limeño hubo de suscitar justificados recelos inquisitoriales. Lo mismo le hubo de suceder con el *Catecismo histórico* de Claudio Fleury (y nó del Cardenal Andrés, según se afirma erróneamente en los preliminares de la *Lima fundada*), que puesto en vena de traducir, vertió, conforme él mismo lo declara en dichos preliminares, y se confirma por el testimonio de su discípulo Sedamano y Saldías (25). Ese *Catecismo* de Fleury se hallaba ya en el Índice desde 1728. Entre sus traducciones del italiano se menciona además la *Gigantomaquia*, el *Paralelo de la honra y la vida* y *Discursos panegíricos* del Conde piemontés Manuel Tesauro, uno de los preceptistas del gusto conceptuoso, frizando ya en gerundiano, especie de sub-Gracián o mellizo del navarro Artiga-Artieda. Era destino de Peralta darnos a conocer, de entre los extranjeros, a las reverberaciones o ingertos del propio estilo español.

D. Pedro se había casado con Doña Juana Fernández de Rueda, nacida en el valle de Santa, hija legítima de D. Martín Fernández de Rueda y Doña Francisca Valera de Santelices (26). No tuvo descendencia el matrimonio. Doña Juana llevó de dote las haciendas de Samanco y Pariamarca que a su muerte heredó Peralta. No obstante la discrepancia en los apellidos patronímicos, todavía muy inestables, debió de ser su cuñado o muy próximo pariente de su mujer D. Eusebio Gómez de Rueda, como él Contador de particiones y versificador de certá-

(24).—Decreto del 19 de Enero de dicho año.

(25).—Juan María Gutiérrez, *Escritores americanos*, D. Pedro de Peralta (Revista del Río de la Plata, Buenos Aires, 1874, 1o. de Abril, entrega 30, págs. 201 y sgts.).

(26).—Poder para testar de Doña Juana Fernández de Rueda a su marido el Dr. D. Pedro de Peralta, ante José de Torres Campo, en Lima el 30 de Abril de 1732.

menes, y su consocio o alumno en la Academia de Matemáticas y Elocuencia. Parece padrino de una de las mulatillas esclavas de Doña Juana. Otro íntimo amigo y compañero, en el Tribunal de Cuentas, era el Contador D. José Bernal, que fué su segundo albacea (27). También guardaba estrecha vinculación con el Inquisidor Ceballos (muy disorde de sus colegas del Santo Oficio), luego Arzobispo de Lima; y con el limeño canónigo del Cuzco D. Diego de Villegas y Quevedo, traductor de las *Eglogas* de Virgilio y Correspondiente de la recién fundada Academia Española. "Elegante genio, dice de él su obsecuente Peralta, y tan hermoso al describir como discreto en el pensar" (28). Villegas, abate letrado, frecuentaba, mientras permanecía en Lima, los círculos del Conde de San Juan de Lurigancho y del Marqués de Casa-Calderón. Tanto Villegas como el Inquisidor Ceballos eran muy parciales y protegidos del Virrey Castelfuerte, lo mismo que Peralta.

En España debió alguna intercesión y patrocinio al Marqués de Escalona, D. Iñigo de Acuña, Mayordomo Mayor de la Reina Doña Mariana de Austria (29). Pero los más constantes amigos y favorecedores de Peralta, entre los vecinos limeños, fueron el recordado Marqués de Casa-Calderón, que era el caballero montañés D. Angel Ventura Calderón Ceballos Bustamante y Villegas, Regente del Tribunal Mayor de Cuentas y gran lector de libros franceses; y el sabio y viajero Marqués de San Lorenzo de Valleumbroso, D. José Agustín Pardo de Figueroa Luján Acuña y Recalde (primo del Marqués de Figueroa en Galicia y sobrino del de Casafuerte, Virrey limeño de Méjico), que hablaba tántas lenguas extrañas como lo atestigua el Padre Vaniere. Peralta lo llamaba *biblioteca viviente, animada del ingenio*. El fué quien lo puso en relación con los célebres benedictinos de España, Padres Sarmiento y Feyjóo (30).

(27).—Poder para testar de D. Pedro de Peralta al Marqués de Casa-Calderón, ante Gregorio González de Mendoza, el 11 de Abril de 1743. Publicado por mí en la *Revista Histórica del Perú*, tomo IV, entrega IV (Lima, 1912).

(28).—*Parabién panegirico al Ilmo. Arzobispo D. José Antonio Gutiérrez de Ceballos por D. Pedro de Peralta Barnuevo* (Lima, 1742).

(29).—Documento III, publicado por Irving Leonard en el Boletín Bibliográfico de la Universidad de San Marcos de Lima (Mayo, 1937).

(30).—Véanse las cartas de éstos en el *Diario de Lima* del 29 y 30 de Enero de 1791, y en el tomo 50 de Mss. de la Biblioteca Nacional de Lima.

La tertulia de Casa-Calderón, en su conocida morada de la calle de San José, constituida principalmente por dicho Marqués, el mayoralgo de Maldonado, el canónigo Villegas, D. Francisco de Salas y Villela (cuzqueño deudo de la Marquesa de Valleumbroso), y los Contadores D. José Bernal y D. Eusebio Rueda, inseparables de Peralta, componía el fondo de la Academia que se intituló, como ya vimos, de *Matemáticas y Elocuencia*. Por su parte, Bermúdez de la Torre había continuado reuniéndose con algunos sobrevivientes de la de Castell-dos-Rius, por ejemplo el Conde de la Granja (quien murió en 1717) y el Marqués de Brenes, a los que se agregaron el de Santa María de Pacoyán y el joven Señor de Valero, D. Antonio Sancho-Dávila, en la casa del Marqués de Villafuerte. Casi todos ellos parientes próximos del de Valleumbroso, asistían a las veladas de éste, y a las de D. Angel Calderón y de Peralta. Pero es imposible que, como pretende un escritor de nuestros días, Peralta concurriera a las del Oidor criollo D. Domingo de Orrantia (sobrino de Montiano el primer Director de la Academia de la Historia en Madrid y fundador de las de Buenas Letras en Barcelona y Sevilla); porque Orrantia no nació sino a fines de 1728, y regresó de España hacia 1750, que fué cuando se iniciaron sus tertulias y las de su hermana, y ya se contaban por lo menos siete años desde el fallecimiento de nuestro Peralta.

D. Angel Ventura Calderón hizo imprimir a su costa el tomo primero de la obra más voluminosa y substantiva de Peralta, la *Historia de España vindicada* (Lima, 1730). Sabemos, por el prólogo de la *Lima fundada*, que el segundo de aquélla se imprimía en 1732; mas nadie lo conoce. Los dos últimos quedaron inéditos, por no haber obtenido la subvención real de tres mil pesos anuales durante seis años, que pedía en España desde 1733, mediante sus valedores Pardo de Figueroa; el presbítero Villegas y los procuradores provinciales de la Compañía de Jesús (31). He juzgado en otra parte, con alguna detención, este primer tomo de la *Historia de España vindicada*; y en lo fundamental mantengo mis apreciaciones ya antiguas (32). No hay que hacer caso de los alborotados

(31).—Documento I, de los publicados por Irving Leonard en el Boletín mencionado.

(32).—Ver mi tesis *La Historia en el Perú* (Lima, 1910), cap. III, 2.

ditirambos ni tampoco de los desdeñosos epigramas de D. Juan María Gutiérrez, crítico bien intencionado pero de liberalesco criterio superficial, con sus progresismos argentinos muy del siglo XIX. Al revés, Menéndez Pelayo se excedió por exigencia y acrimonia contra nuestro viejo conterráneo (33). La verdad es que Peralta refutó los falsos cronicones, las patrañas del Sacro Monte, los Reyes Atlánticos de Pellicer, la monarquía de los Titanes y las conquistas hispánicas de Nabucodonosor (aceptadas respectivamente por los Benedictinos de San Mauro y por Mariana); y que atinó en varios problemas de geografía, y no sólo en el de la tan discutida ubicación de Cantabria, sino verbigracia en la distinción entre los Turdetanos Béticos y los homónimos enemigos de Sagunto, a quienes coloca a la moderna junto a Teruel precediendo en esto al Padre Enrique Flórez, cuyo primer tomo de la *España sagrada* apareció diecisiete años después, en 1747. Si en otros puntos le faltó audacia crítica, adviértase que hasta su amigo el Padre Feyjoo, gran campeón del escepticismo, reconocido maestro en libertad de criterio, tachaba de exageradamente pirrónico al historiador Ferreras, y compartía muchas de las tradicionales opiniones defendidas por el doctor peruano (34). Una de las fuentes que más utiliza Peralta para cronología, es el dominicano francés Ignacio de Gravesson, el apologista de Santo Tomás de Aquino. Fray José de Peralta Barnuevo, que prologa la obra de su hermano, menciona al Padre Renato Rapin, jesuita francés, filósofo y poeta lírico.

El Padre Feyjoo escribió a Peralta (35) que estaba leyendo, "como precioso regalo, la *Historia de España vindicada* y la *Lima fundada*, el más rico tesoro que hasta ahora salió de América, por la copiosa erudición y prodigiosa opulencia de sus noticias". Rebátese cuanto se quiera la ponderación de la cortesía amistosa: siempre quedará el testimonio del alto aprecio que de tales libros hizo Feyjoo, reiterando las alabanzas que dirigía a su autor en el tomo

(33).—Gutiérrez, en la Revista del Río de la Plata ya citada. — Menéndez Pelayo, ut supra, págs. 209 y sgts.

(34).—Feyjoo, *Teatro crítico*, tomo 4o., discursos XIII y XIV, *Glorias de España*.

(35).—Carta fechada en Oviedo el 3 de Julio de 1734 (en el *Diario de Lima*, números arriba citados).

IV del *Teatro crítico* (Discurso Sexto). Y verdaderamente, si esta *España vindicada* no excede en muchas partes el nivel alcanzado por el malagueño Bernardo de Aldrete del anterior siglo, no merece en bastantes de las disquisiciones del Marqués de Mondéjar; y en la hipótesis del euscarismo lingüístico primitivo, dejando muy atrás a Henao, se adelantó no menos que a Humboldt. Ni fué singularidad la estima que le expresaba Feyjóo; pues el sagacísimo anticuario Padre Flórez, en su *Clave historial*, comparó a Peralta con el insigne italiano Muratori. Hay además, en la *España vindicada*, curiosas reflexiones políticas sobre las colonias americanas, que ya en otra ocasión he señalado.

La *Lima fundada* (1732) será un tediosísimo poema de yerta bambolla, inferior a la *Santa Rosa* del Conde de la Granja y al *Telémaco* de Bermúdez. No hay paciéncia para sus metáforas:

El mar que ampolla el subterráneo viento...
(Canto VI, octava 83).

Apenas se hacen tolerables, por efusivos, los encomios de la ciudad de Lima y de su aristocracia:

Salve, ilustre ciudad cuya grandeza
Magnífica, es mansión de la delicia...
La nobleza que fiel te hubo fundado...
(Canto X, octavas 108 y 116);

y alguna pincelada sugeridora de las suaves neblinas:

En su horizonte el Sol todo es aurora...
(Canto VIII, octava 3).

Pero sus notas sobre los gobernantes y hombres ilustres del Perú colonial, equivalen a una galería biográfica, representan un venero de datos fidedignos. El desempeño artístico es deplorable. Su maravilloso, de puerilidad escolar primeriza; de infeliz, triple y escandaloso hibridismo: clásico, cristiano e indígena. En la exornación amatoria, hay candideces, como hacer casar a Pizarro con la princesa incaica, y hasta sostener la efectividad de tan quimérico matrimonio, por parecerle poco decente el amancebamiento auténtico: "Episodio tanto más necesario, agrega respetuoso, cuanto más cier-

to, siendo suceso histórico esta unión". Y satisfecho alega en su favor el testamento de la primera Marquesa de la Conquista, que asegura haber consultado. Lo que más interesa en el *Prólogo*, para el examen de las influencias literarias de entonces, es que, al lado de los poemas de Tasso y Camoens, Lope, Ercilla, Góngora y Jáuregui, Esquilache y Villamediana, pone el *Saint Louis* del Padre Le Moyne, el *Atarico* de Jorge Scudéry, el idilio heroico *Moisés salvado de las aguas* de Saint Amand, y la *Pucelle* de Chapelain; en suma, todos los sobrevivientes del gusto de la Fronda, todos los excomulgados por Boileau. Reconoce apenas que "no están libres de notas". Scudéry, por españolizado, tenía que gustarle, como las novelas y disertaciones de su hermana agradaban al Padre Feyjoo. El pseudo clasicista Chapelain no lo embelesa. Le censura la proscripción de la mitología, haber reemplazado lo sobrenatural pagano con lo cristiano, "llenar el poema con tantas apariciones de ángeles y diablos, con que lo hizo seco y lo degradó de lo poético", cuando él a la española admite la concurrencia de ambos elementos para la maquinaria épica. Claro que sólo a este respecto disiente de Boileau, a quien califica de *sublime* y cuyos versos pertinentes de la *Arte poética* traduce. Maneja su versión de Longino, y resume sus conceptos y metáforas acerca de la sublimidad del estilo. También Bermúdez de la Torre, cuya aprobación panegírica precede a la *Lima fundada*, estudiaba a Boileau, "el autor de la *Arte poética* que, como las modernas academias de España, Italia y Francia, enseña la claridad, pero no persuade la bajeza, porque la suavidad no tiene oposición con la elegancia ni se reduce a humildad sin decoro; y para evitar la obscura y escabrosa hinchazón, no necesita la crítica reforma hacer gala de la desnudez, y se halla conocida diferencia entre la elevación del concepto y la aspreza" (36). Salvedades que suenan a reparos, aprensiones y desvíos contra lo que el mismo Bermúdez denominaba "estilo reformado y desabrido" (37). Leía de los franceses, con el popularizado Le Moyne, "al florido Theandro Bugnosio", a Andrés Tiraqueau, el amigo y protector de Rabelais; y a los jesuitas latinistas

(36).—Véase la otra *Censura* de Bermúdez de la Torre, en el *Pocma sacro de la Pasión* del Conde de la Granja (Lima, 1717).

(37).—Ibidem.

Bussiéres y Mambrun. Otros poetas franceses que Peralta y Bermúdez hojeaban muy a menudo, eran los latinos Padres Vaniere y Rapin, y el lírico Juan Bautista Rousseau. Peralta, si no en la práctica, en teoría abominaba de "lo que parece que enriquece, y pierde; y de lo que parece que releva, y abate". Aseguraba: "En lo que toca al estilo, naturalmente repugno el afectado" (38). Pero tenía el gongorismo tan inveterado que, a pesar de estos propósitos y protestas, se despeñaba a cada rato en las inversiones más insólitas y las más estrambóticas figuras de dicción. De consuno con sus amigos, al iniciarse en literatura francesa, era natural que prefiriera a los representantes de la época de Luis XIII y del cenáculo de Rambouillet; porque nadie que algo entienda de la materia, se atreverá a negar la influencia decisiva que, sobre aquel momento o desviación del gusto francés, ejercieron los dos gemelos arquetipos de la delicuescencia mediterránea: el napolitano Marini y el cordobés Góngora.

Sería cerrar los ojos a la luz desconocer el arraigo y persistencia del culteranismo en las letras peruanas hasta muy adelantado el siglo XVIII. Nuestros escritores alegaban y comentaban sin cesar a Góngora (39). Fué lenta, difícil e intermitente la substitución de los antiguos modelos españoles por los nuevos y extranjeros, desde el selecto grupo de Peralta, Bermúdez, Pardo de Figueroa, Casa-Calderón y Villegas, lectores asiduos, aunque tal vez no muy aprovechados, de Corneille y Moliere, Fenelon y Bossuet. Sólo muy tarde, en 1752, cuando predominaba diversa generación, vinieron a imprimirse en Lima traducidas algunas de las *Sátiras* de Boileau.

Los opúsculos de circunstancias que Peralta se veía obligado a componer, nos son útiles, porque nos confirman sus juicios literarios y el ámbito de sus lecturas predilectas. En el *Templo de la Fama vindicado* (1720), cuyo título se inspira en un poema latino del Padre Renato Rapin, vuelve a alabar, junto a Quevedo, como *singulares y sublimes*, a Moliere y Boileau: "favorecidos y Ministros de Estado de la Sátira, en quienes la dulzura punza tan bien

(38).—Prólogos de la *Lima fundada* y de la *Historia de la España vindicada*.

(39).—Véanse los carteles de certámenes, y los *prólogos* y *censuras* de las obras que acabo de indicar.

al gusto como al vicio; y la gracia ríe agradable, hasta en aquel mismo a quien asalta" (págs. 13 y 18). Recuerda luego a Flechier, quien lo complacería, a no dudarlo, por gramático y preciosista; a Menage, el de las *Mercuriales*, inspirador de Moliere; al festivo Le Noble, Barón de la Tanneliere, de quien dice: "que ha hecho resucitar las gracias del agudo Luciano, con invectivas contra Príncipes extraños y Estados conocidos" (pág. 14); y al compilador francés Moreri, al lado de sus amados y castizos Saavedra Fajardo y Caramuel. Tiene frases quevedescas: "Murmuración en profecía y maledicencia en vaticinio" (pág. 5). "Hice armas del diente y erarios del tintero" (pág. 6). Otras recuerdan la manera de Gracián: "Me asistieron la Presunción, la Malignidad y la Osadía, que son las tres Gracias de la Necedad" (pág. 6, vuelta). "La sátira es un rigor vestido con el traje del donaire. Un correo de la Razón, que avisa las invasiones del Error". Para su *Pasión de Cristo* (1738), el teólogo contemporáneo que más utiliza es el italiano Padre Jacobo Serry; pero no por eso olvida la *Historia de las variaciones de las iglesias protestantes* de Bossuet, al que rinde homenaje, reconociéndolo *insigne* (pág. 300, nota); y al Padre Vieyra, "la mejor pluma lusitana" (pág. 2). En la *Relación de mando* del Virrey Castelfuerte (págs. 130 y 131), trae a cuento las instrucciones de Fenelon para el Duque de Borgoña. Sus autores clásicos favoritos son los de la decadencia, desde Séneca y Petronio, "el altisono Estacio y el sublime Lucano, en quien dió tanto España que envidiar a Roma" (40). Con los que más se detiene y deleita, es con los del Bajo Imperio: Luciano, Apuleyo, Ausonio, Boecio, Amiano Marcelino, Macrobio, Claudiano sobre todo, penetrando en lo bizantino decididamente. Se sirve mucho del historiador Dion Casio; e insiste en sus fragmentos, conservados por el compilador Juan Zonaras, Juan de Constantinopla el monje y el *Basileus* Constantino Porfirogénito. En el *Templo de la Fama vindicado*, no falta el testimonio de Procopio (pág. 53, vuelta, nota). Cuando regresa a los analistas latinos, acude a Elio Esparciano, uno de los últimos continuadores de la Historia Augusta (*Oración del Rectorado*, pág. 8). Se ha familiarizado con los panegiristas de los postreros emperadores: Ausonio, Latino Pacato, Casiodoro, el im-

(40).—Prólogo de la *Lima fundada*.

prescindible Claudiano, que le suministran de continuo máximas y textos. Y como todas las decadencias se asemejan, comprenden y responden, Góngora, el Pontífice Máximo, pasa, en la procesión marginal de las citas, escoltado de Calímaco, Simaco y Enodio, los precursores (41). Alguna vez, la cansada y forzada adulación lo agobia; y como violentado, exclama: "No son todos aplausos los regocijos ni la Fama es toda eleyación; porque, *si se indaga el interior, muchas veces va disfrazado de grito el impulso, y es precepto lo que parece aclamación*" (42).

Porque, a pesar de sus bizantinismos, en que de propósito hago hincapié, y de sus multiplicadas genuflexiones cortesanas, no está destituido de civismo, de ardor patrio; y es capaz de acertadas consideraciones políticas. Bien lo demuestra, fuera de párrafos incidentales que se hallan como extraviados en sus folletos, la *Relación de gobierno* compuesta para su protector y amigo el Virrey Marqués de Castelfuerte (43). Ya en otros escritos había manifestado su desengaño de la íntima alianza francesa, y su firme esperanza en que la nueva dinastía de Borbón, sobre los vínculos de sangre, supiera conservar intacta la autonomía española: "La sucesión no es dependencia", explica; "la Majestad no es subalterna: es la nación la que impera en España, y nó la persona", había dicho no sin valentía desde 1708 (44). En diversas ocasiones se había consolado y aun felicitado de la pérdida de las provincias flamencas e italianas, para concentrar en lo esencial fuerzas y recursos, porque juzgaba que la decadencia de la monarquía se debió a lo desparramado, extenso y heterogéneo de las posesiones: "La eterna Providencia ha compensado la universalidad del dominio con

(41).—Véase particularmente *Lima triunfante* (1708).

(42).—*Relación de la Sacra Festiva Pompa... en reverente acción de gracias de la exaltación a la cardenalicia dignidad del Eminentísimo Señor D. Fr. Gaspar de Molina y Oviedo, Obispo de Málaga, Presidente del Real y Supremo Consejo de Castilla, etc., etc.* (Lima, 1739).

(43).—Está fechada a principios de 1736; y se ha impreso en el tomo tercero de la colección oficial de ellas (Lima, 1859). La atribución tradicional se hace indudable, por mil testimonios. No figura en el catálogo al principio de la *Lima fundada*, porque le es posterior en cuatro años; ni hubiera podido declararse en ningún caso, por su carácter de encargo confidencial.

(44).—*Lima triunfante*, página D-2, vuelta.

la singularidad de la atención... En mayor esfera, el vigor se dilata a mucha superficie, y caben a cada parte menos grados... Desde que el peso se hace mayor que la potencia, es amenaza; y desde que la máquina se desproporciona a los resortes, es ruina" (45).

Pero cree importantísimos, indisolubles, vitales y substanciales, los virreinos americanos; y en la *Relación de gobierno*, por boca de Castelfuerte, insta: "Los demás dominios que España poseía extraños, le eran florones que más que la adornaban, la oprimían. Con el peso le quitaban el valor. Pero éstos que le han quedado, no deben considerarse como parte meramente integrante del cuerpo de la Monarquía, sino como *parte príncipe de su poder*; y si no son cabeza de su gobierno, son *corazón de su riqueza*. Grande heredad y fuente inmensa, que es necesario que riegue más con derivarse menos. El juzgarse que no se debe mantener con el mismo cuidado que el Imperio una colonia que mantiene el Imperio, es querer que no se mantenga éste". Refuta de pasada a ese respecto al tratadista y libelista italiano Boccalini, del siglo anterior: "No deteniéndome aquí en tales disputas, escribe, no se duda que aun cuando hayan estos dominios debilitado la Monarquía (por la opinión común, ya referida. del sobrado territorio), ha sido y es precisa su conservación". Doctrina diametralmente opuesta a la *européista*, que estuvo luego a punto de prevalecer en los consejos de Carlos

(45).—*Historia de España vindicada*. Dedicatoria al Príncipe Nuestro Señor. — La teoría del recogimiento y de las amputaciones saludables al imperio hispano, por cierto que no es peculiar de Peralta. Estaba difundida desde el reinado de Carlos II. El poeta Bances Candamo la expone en los populares versos de su comedia primogénita, *Por su Rey y por su Dama*, que es de 1685 y se representó en el Buen Retiro ante el último soberano austriaco:

Cuando España conoció,
 En sus fuerzas desiguales,
La laxitud, con que mueven
Sus miembros los cuerpos grandes...
 No provincias que se aúnen,
 Si imperios que se derramen;
 Cayó en cuán tarde y qué mal
 Espíritus se reparten
 Desde un corazón pequeño
 A inmensas extremidades. (Acto Primero, escena primera).

III, con el asendereado plan del Conde de Aranda, tan arrojadamente encarecido por los historiadores progresistas del siglo XIX, y que admitía la enajenación al Portugal de enorme parte de la América del Sur española, mediante compensaciones peninsulares. Peralta está dentro de la tradición asimilista genuina, que preconiza la igualdad en el aprecio y trato entre las Indias y la Madre Patria. Por eso se duele del descuido y la decadencia en la administración del Perú, con lamentos en que se combinan sus sentimientos hispanos y regionalistas: "Causa lástima grande la consideración de estos dominios, de tanta importancia a la Corona. La pueden hacer resplandeciente y sólida. Piden, con nuevo orden, una estimación estable". Esa reorganización, para que el Perú no siga siendo "relámpago de lucimiento sin consistencia de esplendor, y reloj de poder con poca cuerda de manutención", exige reformas muy hondas, que en mucho son restauraciones, volviendo las cosas a un mejor estado, de que han descaecido por desidia o innovaciones funestas. Así los permisos de comercio por Buenos Aires y el asiento inglés del trato de negros, que arruinaban Panamá, Lima y el Callao; así la privación o escasez de oficios y corregimientos a la empobrecida nobleza limeña, indispensable al lustre y defensa militar del país. Es un proteccionista económico cerrado; casi diríamos un autarquista o nacionalista, con tintes de descentralización americana administrativa, pero sin muchas ilusiones: "Ver-güenza es de aquellas Cortes, que no se premian aún los mismos propios por distantes", había ya estampado en su *Historia de España*. Hablando ahora en esta *Relación* por un Virrey tan devoto como lo fué Castelfuerte, no vacila en pregonar el excesivo número y la ignorancia y desarreglos de los eclesiásticos, conformándose en esto con los dictámenes de muchos economistas de la antigua España. Fustiga la blandura y condescendencia de "los que en este reino administran los cargos de gobierno y justicia. Por la mayor parte son flexibles; y se doblan con facilidad al respeto, a la relación, al empeño, al interés y a los fines particulares, que suelen dar ley y regla a los negocios, aunque giman la razón y la causa pública, sucediendo no pocas veces que no sostengan lo que conocen convenir a la causa de Dios, del Rey y del Reino. Padece gran trabajo y desconsuelo el Gobierno Superior por la pobreza en el Reino de sujetos que desempeñen con la debida inte-

gritud y fidelidad la confianza que se hace de ellos en negocios de importancia. . . La plebe limeña toda es extremos, sujeta a irregulares movimientos. Son muchos vulgos los de Lima, tanto como las naciones y castas de que se componen; y entre éstas son las más impetuosas las más bajas" (46). En palabras tan memorables vibran los enojos del intrépido Castelfuerte, y de sus consultores el Marqués de Casa-Concha y D. Francisco de Salazar Castejón, a través de Peralta su vocero. Gran parte de la *Relación* se dedica a los tumultos del Paraguay, la sentencia de Antequera, y las disputas de jurisdicción con el Santo Oficio y ciertos prelados, sin la menor mengua del acrisolado celo religioso y del respeto a la Iglesia en general. "En el Patronato, escribe, ha de estar el amparo pronto y el cuidado reverente". Castelfuerte significó, en el Virreinato del Perú, por la religiosidad y severidad esenciales, como una resurrección del Conde de Lemos. El apoyo dado por el Virrey a los jesuitas en el asunto de Antequera, y la repercusión o reacción de los descontentos, aprovechando la oportunidad de los procesos de fe contra indiciados de molinismo, determinaron, más que ninguna otra causa, la ojeriza de los franciscanos y de la mayoría de los Inquisidores contra Peralta.

La rivalidad de los franciscanos con los dominicos y los jesuitas se había exacerbado por estos tiempos en el Perú, con motivo de las contiendas del Paraguay. Era Peralta, por su hermano, del partido dominico, y del jesuita por la vinculación con Castelfuerte y su confesor el Padre Mesía. Algunos franciscanos no se lo perdonaron, ni después de muerto. El mazorrall impugnador de Feyjóo, Fr. Francisco de Soto y Marne, proverbialmente conocido por sus polémicas, su ridículo *Florilegio sacro* y los dicerios que mereció del Padre Isla, fué Comisario de la Orden Seráfica en la provincia peruana, y vino a nuestras tierras hacia 1753. En su segundo memorial al Rey contra las obras de Feyjóo, había rebajado y contradicho desdeñosamente los elogios de éste a cierto americano Peralta, muy inferior a no pocos de los que olvida. Un escritor anónimo refutó al Padre Soto y Marne, aduciéndole lo que llamaba sus *falsedades*; y le imprueba "procurar el desprecio de la memoria del americano D. Pedro Peralta, porque no hubo de ser afecto a la

(46).—*Relación* cit., págs. 315 y 368.

literatura franciscana". Replicó Soto y Marne que no quería sino "hacer justicia a su mérito, *dándole su graduación*"; y que "haber sido Peralta desafecto a los franciscanos, era motivo soñado, cavilación y calumnia" (47). No lo era tanto. El Padre Soto pudo recoger el eco tradicional en Lima. El año de 1731, cuando el suplicio de Antequera, los franciscanos amotinaron a la plebe contra el Virrey y los jesuitas; el Padre Comisario Colmenares pidió la excomunión de Castelfuerte, y el Rey tuvo que desterrar al predecesor franciscano de Soto y Marne. Así se explica la insinuación del anónimo defensor madrileño, porque nadie ignoraba en Lima las conexiones e influencias de Peralta con el Virrey. Por encargo de él, nuestro autor había escrito e impreso la relación del auto de fe del 12 de Julio de 1733, celebrado, con muy voluntaria asistencia pública del mismo Virrey, en el templo de Santo Domingo, para reos de brujería y bigamia, y en que no hubo pena alguna de muerte. Expresa Castelfuerte en su *Memoria*: "Me pareció muy conveniente asistir en público al auto referido, haciendo con esta solemnidad una nueva concordia, veneración al Santo Oficio en obsequio de la Fe, y superioridad en la representación, en testimonio de la regalía". Los Inquisidores no gustaron de que, al concurrir Castelfuerte, les arrebatara el primer puesto en la función; y malhumorados repararon en ciertas frases del pomposo *Discurso isagógico* con que encabezó su libro el solícito redactor D. Pedro, sin duda como la siguiente: "No sólo es memorable lo terrible. No es esto lo que quiere la Fe. Es lo que siente, no lo que desea. Más bella está serena que irritada". En sus piques de etiqueta y fáciles suspicacias, juzgaron ser tales *simulados aplausos*; y remitieron el proceso a Madrid, temiendo la oposición del Virrey si se substanciaba en Lima (48).

De 1738 son las rebuscadas y encrespadas diez oraciones sobre la *Pasión y triunfo de Cristo*, que comenzó a escribir una Semana Santa, para su Academia de Matemáticas y Elocuencia, y dedicó a su amigo el Oidor Navia Bolaño, futuro Conde de Valle-Oselle,

(47).—Fray Francisco de Soto y Marne, *Destierro de ignorancias* (Madrid, 1753), pág. 21. — Tomo 13 de *Papeles varios* en la Biblioteca Nacional de Lima.

(48).—Léanse la *Inquisición de Lima* por J. T. Medina, tomo II, pág. 299; y el referido *Discurso isagógico* en la *Relación del Auto de Fe* (Lima, 1733).

quien lo había animado a continuar la empresa. La obra fué también censurada por la Inquisición; y se mandaron recoger y expurgar los ejemplares, tachando y corrigiendo algunas frases. No hay que exagerar, como yo un tanto lo hice en 1909, la gravedad y alcance de la actitud inquisitorial. Ocurrió con el tomo de Peralta lo que en 1674 con la hermosa *Vida de Cristo* del agustino Fray Fernando de Valverde (Lima, 1657), ni más ni menos. Testadas y enmendadas con letra de mano unas pocas palabras, siguieron circulando impresas las oraciones devotas de Peralta; y el escritor quedó tranquilo. Se había defendido de las mayores acusaciones de los calificadores, con varia fortuna, en dilatada, nutrida y menuda defensa, de que hay copia en el legajo 29 de Manuscritos de nuestra Biblioteca Nacional.

Es disparate estupendo (y nunca llegué yo hasta ahí) convertir a Peralta en víctima lamentable y memoranda del Santo Oficio, "por haber osado ultrapasarse la fórmula reinante, prescindir del espíritu exclusivamente teológico, y no observar el tabú de lo sincero y lo espontáneo". Todas estas declamatorias pasmarotadas riñen con la exactitud histórica. Todos esos aspavientos carecen de fidelidad y de sentido. Precisamente, no por espontáneo y sincero, sino por presunción retórica y afectadísimos encarecimientos, le resultaron a Peralta algunas expresiones equívocas y malsonantes, que parecían coincidir con vetustas herejías griegas, contra el querer e intención del mismo escritor y el contexto de la obra. La Inquisición lo reconoció así. Por eso, tras de corregir, quizá con exceso de celo, epítetos dudosos y expresiones ambiguas o recónditas, no destruyó la edición, sino que permitió su libre curso, y los ejemplares no son escasos.

Es clamoroso anacronismo y falsedad manifiesta convertir en adalid del pensamiento emancipado a quien en su *Defensa* declaraba "sujetarse rendidamente a la obediencia y juicio del Santo Tribunal, haciendo su mayor lustre de su mayor rendimiento"; y presentaba el libro como "última ofrenda de sus últimos días, incendio de devoción, con una compunción universal, no siendo compatibles contrición y blasfemia" (49). Nunca se vió Peralta de ve-

(49).—Expresiones textuales del referido Ms., *Satisfacción de las dos proposiciones que se han notado en el libro intitulado Pasión y Triunfo de Cristo*.

ras amenazado en la libertad y la vida. Ya cuidé yo de advertirlo en mi tesis juvenil, con lealtad y buena fe (50). Hasta lo dispensaron, por sus achaques, de la comparecencia personal, contra el parecer del Secretario D. Ignacio de Valverde. En 1740, cuando proseguía la causa, publicaba, sobreponiéndose a sus accesos de gota y disuria, con su reconocida asiduidad en el desempeño del cargo de Ingeniero Mayor, el discurso de fortificación militar *Lima inexpugnable*; y en 1742 cumplía el agradable deber de dar el parabién público a su amigo el antiguo Inquisidor Gutiérrez de Ceballos, que de la sede episcopal de Tucumán ascendía a Lima de Arzobispo.

Doña Juana Rueda había muerto el 1.º de Mayo de 1732. Aunque Peralta y su mujer no eran ricos, solían manumitir a sus pocas esclavas. Así ambos, en 1729 (51), libertaban a una; y Doña Juana, en el poder para testar otorgado a su marido (52), cuidaba de eximir de toda servidumbre a otras tres. Viudo nuestro polígrafo, no es verdad que recibiera órdenes sacerdotales, como lo supuso D. Juan María Gutiérrez (53). La correspondencia de D. Cristóbal de Melgarejo y su hijo el cura D. Félix, efectivamente habla por esos años de un clérigo Pedro de Peralta, capellán en el Hospital de Indios de Santa Ana, y vice-párroco suplente de Paccho, en las serranías de Canta, maltratado y expulsado por dos sobrinos del Arzobispo Escandón (54). Yo mismo he expuesto el caso, preguntándome en un estudio reciente si podía identificar a aquel clérigo con el celeberrimo cosmógrafo (55). Mas, como allí lo digo, infinidad de textos auténticos vedan admitir la hipótesis. La fama, edad y empleos públicos de nuestro D. Pedro eran incompatibles con tan subalternas, precarias y vejadas ocupaciones. Sus propias

(50).—*La Historia en el Perú*, pág. 332.

(51).—Escritura de fecha del 15 de Octubre de dicho año, ante José Torres Campo.

(52).—En la fecha arriba apuntada, de 30 de Abril de 1732, ante el mismo escribano Torres Campo.

(53).—En la citada Revista del Río de la Plata, entrega 39 (1.º de Enero de 1875), pág. 334.

(54).—Se conservan estas cartas en el archivo particular de la familia Moreyra.

(55).—Mi conferencia *Sociedad y literatura limeñas en el siglo XVIII* (Diciembre de 1937).

palabras en el *Prólogo* de la *Pasión de Cristo*, y las de los calificadores en la causa inquisitorial comprueban que fué siempre seglar. Lo refuerzan los términos y los significativos silencios de su testamento y fe de muerte, que firman por cierto dos sacerdotes, un Padre de San Felipe Neri y un presbítero, los cuales mencionan serlo (56). En fin, el hallazgo de sus inventarios disipa la última posibilidad, con la lista de sus enseres y vestidos. Le faltó, sin duda alguna, esta sola calidad para completar el parecido con el mejicano D. Carlos de Sigüenza. El modesto capellán Pedro de Peralta hubo de ser algún pariente o mero homónimo, de los incontables de ese apellido que residía en el Perú, o quizá hijo oculto; como pudo igualmente ser hija o hermana clandestina, expósita recogida o agradecida liberta, la humilde y obscura Petronila de Peralta, limeña e hija de padres no conocidos, que testaba en su favor, aunque declarando ser pobre y no tener bienes algunos, el 5 de Febrero de 1728, y se mandaba enterrar en el Hospital de San Juan de Dios (57).

En las páginas de los viajeros franceses que visitaron entonces el Perú (Feuillée, Frezier y La Condamine); en los documentos, oficiales del Virreinato, y en los del Ministro General de Hacienda y Marina, Patiño; en los homenajes de los colegas, escritores limeños o europeos, se palpa el alto aprecio y consideración de que Peralta gozaba dentro y fuera de su patria. Su actividad, solicitud y desvelo en las múltiples obligaciones que por sus oficios le incumbían, y en las investigaciones diversísimas a que por vocación se entregaba, eran en verdad excepcionales. Fué un laborioso incansable, absorto en sus tareas, principalmente en las astronómicas y demás matemáticas, hasta la extrema vejez. Por ingenuidad o sobrada fantasía, D. Juan María Gutiérrez nos lo retrata estudiando en medio del boato, viviendo en un palacio "de vastas salas adornadas de pinturas y de primorosos muebles tallados", por las que discurría, entre músicas, danzas y lacayos de librea, la concurrencia cortesana invitada a sus saraos, mientras el sabio anfitrión, sobreponiéndose al bullicio de sus huéspedes, trabajaba en

(56).—Revista Histórica, tomo IV, entrega IV.

(57).—Ante Diego Cayetano Vásquez (f. 422). — Vid. además Revista Histórica. *ibidem*.

el invadido y suntuoso bufete (58). El cuadro es antojadizo por entero, y desmentido con cuanto sabemos de su mediocre posición económica (59). Asistiría a menudo a las fiestas de sus encumbrados amigos; pero no es verisímil que las ofreciera tan rumbosas en su casa, porque no se lo consentían los recursos.

Sucumbió de cerca de ochenta años a una prolija enfermedad de mal de orina y piedras. Ya en 1736 estuvo muy grave; y otorgó un primer poder para testar, en favor del Marqués de Casa-Calderón, el 24 de Mayo de ese año (60). El historiógrafo Padre Martín Sarmiento escribía en España a D. Gaspar de Urquizu, con fecha 19 de Marzo de 1737: "Siento en el alma la indisposición del Sr. Peralta; y creeré que trabaje en el certamen para recibir al Virrey (Marqués de Villagarcía), aunque se halle en el certamen de su vida. No será el poeta único que murió *in fraganti* de su ejercicio. Dios quiera salga victorioso de su enfermedad; y con lucimiento, como siempre, del certamen poético que trabaja". Convaleció, como el Padre benedictino deseaba; pudo retocar y ver aplaudido su *Cielo en el Parnaso*, que es el folleto de recibimiento a que Fr. Martín Sarmiento alude; y todavía, según hemos dicho, le quedaron siete años de afañes procesales, científicos y literarios. En 1738, se ocupaba en el nuevo beneficio de la plata (*Arte o cartilla. . . para todo género de metales, fríos o calientes*, impresa en Lima). Luego, en diversos opúsculos palatinos, que hemos enumerado arriba; y en nuevas observaciones astronómicas y náuticas.

Al cabo, el 11 de Abril de 1743, muy postrado ya, otorgó el último poder para testar al Marqués de Casa-Calderón, su fiel amigo y amparador, albacea, heredero, y jefe en el Tribunal Mayor de Cuentas. El segundo albacea y heredero, a falta del primero, era su otro colega y amigo del Tribunal, el Contador D. José Ber-

(58).—J. M. Gutiérrez, Revista del Río de la Plata, No. 31, págs. 348 y 349.

(59).—En la memoria testamentaria que otorgó el 11 de Abril de 1743 declara adeudar a la Congregación de la O por una casa que habitó doscientos pesos; a la Inquisición por otra, doscientos cincuenta pesos; a las Descalzas, cincuenta pesos; y por arrendamientos de la que ocupaba entonces quinientos pesos. — No tenía misa en casa sino los días de precepto. Tampoco pagaba con puntualidad al capellán, pues declara deberle las dichas desde el 18 de Noviembre del año anterior a la Memoria, con más veintitrés atrasadas.

(60).—Ante Diego Cayetano Vásquez, f. 344.

nal, que tenemos conocido, y por cuya mano redactó una memoria testamentaria (61). El primer testigo es D. Lázaro Bartolomé Larrea, quien le había comprado su plaza de contaduría (62). Se manda enterrar con el hábito franciscano, pero de preferencia en la iglesia de Santo Domingo, de seguro que en atención a sus dos hermanos frailes (Francisco y José, a la sazón Obispo de La Paz), y a la cofradía del Nombre de Jesús, a la que debió de pertenecer. La fe de muerte es del 30 de Abril; los inventarios, del 20 de Julio (63). No deja bienes raíces ni rentas. Ordenó que su ropa blanca se distribuyera entre los enfermos de un hospital. Muy tenue, en piezas y peso, es la plata labrada, para lo que se acostumbraba en Lima. Poseía una calesa usada, con cortinas de baqueta, y una silla de manos, indispensables sin duda para el anciano valetudinario, gotoso y calculoso, cuando salía a dictar sus lecciones en la Universidad y en el Espíritu Santo. Conservaba una casaca de montar, de color plumizo. Los vestidos azules y las chupas blancas prueban que hasta en el traje diario seguía la moda francesa, reservando para las ceremonias académicas la ropa negra y el cuello de encaje con que aparece en el viejo retrato de la galería universitaria pintado por Aguilar. La cama era una cuja de cocobolo, con adornos labrados y esféricos, como las llamadas portuguesas. La cubrían cortinajes de damasco carmesí, muy traídos. Había en derredor una mesa grande forrada de baqueta; sillas doradas nuevas, un canapé viejo, un reloj de péndulo, algunos lienzos y un Santo Cristo. Llama la atención la ausencia de globos terráqueos

(61).—La citada del 11 de Abril de 1743. Estuvo a punto de instituir heredera a Doña Luisa de Peralta, la que reconoce por su hija y para quien señala pensión alimenticia. También le deja la mitad de la imprenta que tenía en su casa. La otra mitad la legó D. Pedro a la madre de Doña Luisa, Doña María Magdalena Sotil, que vivía con ambos y asistía al cosmógrafo en sus postreros días, y a la que éste cita varias veces en la referida memoria apellidándola comadre.

(62).—El 9 de Abril de 1743; pero nueve años después aun debía el comprador dos mil pesos, según lo declara el Marqués de Casa-Calderón en el testamento que otorgó por D. Pedro el 7 de Diciembre de 1752, ante Gregorio González de Mendoza. Por esta razón no se cumplieron las disposiciones de Peralta en favor de su citada hija Doña Luisa y de su comadre María Magdalena Sotil.

(63).—Ante Gregorio González de Mendoza, a fojas 134.

y de aparatos propios con que hubiera podido escrutar desde su vivienda los fenómenos celestes en el neblinoso horizonte limeño, que él por chiste apellidaba *purgatorio de los astrónomos*. En estos útiles de su principal profesión, no se le hallaron sino seis mapas de papel. Tampoco la librería es rica, para tan larga vida consagrada a la lectura: en todo no contiene sino 184 tomos. Sin duda que la suplía con las bibliotecas de sus amigos particulares y de los jesuitas. Junto con los libros de ciencias, de que he dado cuenta atrás, guardaba las *Constituciones* de la Universidad de San Marcos; obras históricas de Pellicer, Ferreras, Henao, Alonso Sánchez y el orientalista francés Herbelot; el *Origen de las dignidades de Castilla* por el canónigo de Toledo D. Pedro de Salazar y Mendoza; pocos libros de historia eclesiástica y teología moral; y un tratado de la jineta por Pacheco, en portugués. Hay bastantes en italiano y latín, pero sobre todo muchos en francés, como historias y gacetas. Franceses eran también los textos que debieron ser los preferidos, los de cabecera: las *Tragedias* de Corneille y una traducción de Luciano. Por desgracia el notario ha omitido los autores y títulos de *ciento doce libritos pequeños en francés*, que figuran antes que la edición de la *Lima fundada*, la "que está en poder del librero Carrión, para encuadernarla". Mas, por el catálogo de los anteriores y por cuanto llevo expuesto en el presente ensayo, se ve claro que D. Pedro Peralta, el célebre gongorino, fué a la vez, en extraño contraste, el primer afrancesado del Perú.

J. de la RIVA-AGÜERO.